



SOMBRAS DEL AYER

MERCHE DIOLCH



SOMBRAS DEL AYER

MERCHE DIOLCH



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2025
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Ediciones Kiwi

Primera edición, noviembre 2025
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-10479-54-8
Depósito Legal: CS 833-2025

© del texto, Merche Diolch
© de la cubierta, Borja Puig
© de la foto de cubierta, Mark Owen / Trevillion
Corrección, María Comas

Código THEMA: FR

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para Juan y Gaby,
la luz en cada una de mis sombras.

«Los recuerdos también se deshacen.
Y luego nada te queda, ni siquiera un
fantasma, tan solo su sombra».

John Green

Buscando a Alaska.

Prólogo

En cuanto abrió la puerta principal de la vieja casa, que se sostenía de milagro gracias a las bisagras oxidadas, el silencio resonó por las desnudas paredes. Nunca antes fue tan consciente del estado en el que se encontraba su hogar... si así podía llamarlo. La ruina, la suciedad y el abandono eran más que palpables. El olor a tabaco y a cerrado inundaba el espacio; un aroma opresor que la envolvió, impidiéndole respirar con normalidad.

Retuvo una arcada, justo cuando la soledad la golpeó con fuerza. Una fría bofetada le arrancó un par de lágrimas, que se deslizaron por sus delgadas mejillas, sin que pudiera evitarlo. Sintió un puñetazo en la boca del estómago, el cual le arrebató el poco oxígeno que aún mantenía en su interior. Se llevó la mano al cuello, tratando de contener el grito de dolor que emitió de forma involuntaria, e intentó

controlar la respiración. La mano le temblaba mientras se le aceleraba el ritmo del corazón, como si descendiera por una montaña rusa sin frenos; empezaba a ser consciente de lo que había ocurrido.

De las mentiras y los secretos que habían empañado su vida en ese tiempo...

Titubeó unos segundos en la entrada, con miedo. El pánico se apoderaba de todos sus músculos, y su equilibrio precario la llevó a apoyar las manos en el marco de madera, donde se le incrustaron en las palmas las astillas que sobresalían por el deterioro.

Avanzó unos pasos.

El eco de sus pisadas retumbó en el silencio.

—María... Mamá...

Nada.

Buscó en las habitaciones, abrió los armarios y cajones. Las camas se veían revueltas, la única bolsa de viaje que tenían había desaparecido, la nevera y las alacenas de la cocina medio vacías...

Nada.

Pasó una segunda vez por el salón, donde la vieja televisión estaba apagada, y se fijó en el sofá en el que siempre encontraba a su madre.

Donde siempre «descansaba» su madre.

El cenicero que había sobre la pequeña mesa de

centro se encontraba lleno de colillas apagadas, varias latas de cervezas vacías amontonadas y los platos con los bordes desechados de la *pizza* desperdigados sobre la sucia superficie.

Nada.

—Mamá...

Volvió a llamarla, aunque ya sabía que nadie respondería.

Nadie.

Capítulo 1

Año 1998 · Presente

El sonido de los teléfonos compite contra el ruido de los teclados y las conversaciones dispares de los empleados del periódico. El estrés es palpable en el ambiente. Sobre todo a esas horas del día, cuando el cierre está tan próximo.

Un golpe en la silla donde estoy sentada me aparta del artículo que redacto en estos momentos. Me quito los auriculares, que me abstraen del ajetreo de la oficina, y miro hacia la izquierda, por donde el becario corre sin mirar atrás, sin siquiera parar a disculparse por el empujón que me ha dado.

Lejos de molestarme, solo sonrío.

No es ni la primera ni la última vez que va a suceder, y ya estoy más que acostumbrada. Casi que se podría decir que se trata de un problema añadido

a mi profesión: en un edificio donde las mesas abundan y el espacio entre ellas apenas ocupa un par de recuadros de las baldosas que visten el suelo. Unas losetas blancas y negras, imitación del mármol que está tan de moda, y que, junto a la pintura de las paredes, que han pasado del blanco inmaculado al amarillo por el humo de los cigarrillos, seguro que no formarán jamás parte de la fotografía perfecta que instalan en los reportajes de decoración de las revistas.

Tampoco ayuda a la estampa que los ceniceros estén a rebosar de ceniza y colillas, y que haya nubes de humo que sobrevuelan las cabezas de algunos de mis compañeros. Si no fuera porque se mantienen un par de ventanas abiertas, el ambiente sería irrespirable en esta planta veintiuno.

Suspiro con profundidad y miro hacia los ventanales. El paisaje exterior tampoco es que sea tan atractivo. La noche ya ha caído sobre la ciudad y la luz artificial de las farolas, un naranja apagado, compite con la del resto de los edificios del polígono industrial.

No es un sitio agradable para vivir. Ni para trabajar, sea dicho de paso.

El periódico, como la imprenta, está rodeado de

un gran descampado que debo cruzar desde la parada del tren si quiero llegar a mi oficina. Solo hay un pequeño apeadero con una única farola y sin techo para guarecerse, si llueve, donde baja la mayoría de los viajeros que no tienen vehículo propio. No es la última parada de esta línea de Cercanías, pero son pocas las personas que se aventuran a ir más lejos. Yo no tengo automóvil. Apenas me llega con el sueldo para el alquiler del piso, por lo que ni me planteo hacerme con uno. Ni ahora, ni en un corto espacio de tiempo, por lo que no me queda más remedio que atravesar el barrizal en que se convierte el campo cuando llueve, para llegar hasta el medio de transporte que me lleva a mi casa, y que, gracias a su traqueteo —no lo negaré—, me ayuda a echarme una cabezada, que nunca viene mal para reponer energías. Hasta que quieran comenzar a construir las viviendas prometidas por el gobierno y que, con la llegada de las nuevas familias, las instalaciones mejoren, es lo que me toca.

Todavía me acuerdo de cómo, cuando terminé la carrera, me presenté por primera vez ante el que es aún hoy en día mi jefe, con el currículum en alto. Ilusionada y feliz, además de orgullosa, porque pensaba que la carta de recomendación de mi tutor, que

llevaba bien guardada en un maletín, me abriría las puertas de la profesión por la que me había desvivido estudiando —dichosa e inocente juventud—. Recuerdo muy bien que lo primero que me dijo Fede fue que serían pocos los días que debería cruzar el amplio y solitario descampado porque ya estaban previstas las obras de reacondicionamiento. Estaba más que contento con esa noticia, conforme me explicaba el gran proyecto, pero ahora, diez años después, nos encontramos todavía en la misma casilla de salida.

Menos mal que ya estoy acostumbrada. A la soledad de la estación cuando me retraso, al barro que me hace crecer en altura cuando se me pega a las suelas de los zapatos o a la imagen desoladora de los pocos edificios que levantaron en su momento, repartidos sin ningún orden y sin apenas gente.

Son pocas las veces que siento algo de aprensión cuando me distraigo con mi trabajo y debo deambular hasta la parada, en mitad de la noche, con cuidado de que no se me acerque gente... «extraña». Es por ese motivo que intento ir siempre acompañada cuando se me alarga la jornada, ya que, aunque considero que puedo defenderme sola, no me gusta tentar a la suerte. Al periódico nos llegan todos los

días noticias que nos ponen los pelos de punta y que nos hacen ser precavidos.

Me quito las gafas de pasta negra, que solo necesito para ver de cerca, y limpio los cristales cuadrados con la punta de la camisa que me he puesto esta mañana. Ya está arrugada. Muy arrugada. Y sucia...

«Así no puedes ir a ningún sitio», me digo a mí misma, y abro el cajón que tengo a mi izquierda para comprobar que haya otra camisa con la que cambiarme.

Así es.

Una beis, algo arrugada, descansa sobre los bolígrafos azules y rojos.

No está mal.

Me pongo las lentes de nuevo y me felicito por ser previsor. Bueno, en realidad, no todo el mérito es mío. Es lo que Fede me ha enseñado con los años: debo estar preparada para cualquier imprevisto.

Y es que, aunque en esa entrevista de trabajo no ocupé el puesto al que aspiraba, Fede se apiadó de mí y me contrató como... «chica para todo».

Entré a trabajar en el periódico. Desde abajo. Conocí cada departamento, cada pequeño secreto que hace que termine amando esta profesión todavía

más, hasta que tuve mesa propia —solo los jefes tienen despacho— y un ordenador.

No sabéis lo valiosos que son los ordenadores hoy en día. Nos ayudan mucho con el trabajo, aunque a veces me desquicia la lentitud con la que va Internet... En ocasiones, no lo puedo negar, echo de menos a mi fiel Olivetti; Fede acabó quitándomela con la excusa de una subvención que nos ayudaba a que todos tuviéramos los aparatos tecnológicos más actuales.

O la cosa mejora con el tiempo o me veo escribiendo a mano...

Me centro en la pantalla verde y echo un breve vistazo a mi alrededor. La mayoría de mis compañeros están o bien con la nariz pegada a sus artículos, o bien entablando un debate intenso sobre la última noticia que han descubierto. Con seguridad, será alguna de asuntos políticos, porque sobre discusiones culturales o de temas relacionados con el corazón, pocas escucho. A no ser que se trate del último chisme amoroso de nuestro monarca. Aunque nos tienen vetada su publicación, nos ayuda a satisfacer nuestro yo interior más cotilla y a desgarnar los pormenores entre nosotros.

Es una lástima, porque seguro que sería una

noticia de interés general para todo el país y nos vendría bien para vender muchos periódicos. Pero, si queremos mantener nuestro puesto de trabajo, debemos ajustarnos a las «normas» no escritas.

Observo el gran reloj que cuelga por encima de nuestras cabezas y compruebo que solo me quedan diez minutos para entregar mi trabajo, si quiero que salga al día siguiente. Es un artículo de opinión que se me ha ido de espacio, pero que, a pesar de las quejas de mi jefe, me ha permitido terminar para publicarlo. Quizás, porque necesitan más temas humanos, como los llama Fede, o porque se les han caído un par de noticias y deben rellenar los huecos.

Sea como sea, voy algo justa de tiempo, si quiero llegar, y debo ponerme las pilas.

—No estaría mal que fueran las del famoso conejito rosa...

—¿Decías? —Miguel se asoma por encima del monitor del ordenador y me mira con interés.

Es mi compañero de pupitre, por llamarlo de alguna forma, ya que nuestra mesa es tan grande que está dividida por la mitad por los ordenadores que utilizamos ambos para trabajar, y por la multitud de papeles y libros que hay en medio de esta.

—Nada. —Niego con la cabeza y me subo las

gafas por el puente de la nariz—. Solo comentaba que no me vendrían mal unas pilas para terminar esto...

—¿Las del conejito que no para?

Sonríó y asiento. El muñeco forma parte de un divertido anuncio de televisión, y está en boca de todos.

—Esas mismas.

Miguel se deja caer sobre su silla de metal y apoya la espalda en el respaldo. Su rubio cabello está inmaculado y no tiene ni una mancha ni arruga en la camisa celeste.

No tengo ni idea de cómo lo consigue.

—¿Ya has terminado?

Este aspira su cigarrillo y asiente con una orgullosa sonrisa.

—Lo acabo de mandar... ¿y tú? —Mira el reloj, el mismo en el que me he fijado hace unos instantes, y me devuelve su atención—. Vas un poco justa...

Tenso la mandíbula, me subo las gafas de nuevo, en un tic nervioso, y no le contesto. Me coloco los cascos de diadema, con las almohadillas naranjas sobre las orejas, y pulso el *play* para que se ponga en funcionamiento mi viejo walkman. La voz grabada de uno de mis cantantes favoritos me lleva lejos de la

oficina, y me centro en el teclado y en la pantalla para ver si termino el artículo de una vez.

No escucho cómo se aleja Miguel. Ni me percató de que me trae luego un vaso de agua, que deja en el lado de mi mesa, para irse, a continuación, hasta que escribo la última palabra y vuelvo a escuchar el ruido cotidiano de la oficina. Busco el programa del correo interno y lo preparo para enviárselo a Fede.

Todavía me cuesta no imprimirlo en papel, para releerlo una vez más, por si puedo hacerle algún que otro arreglo. Y, en otras circunstancias, lo habría hecho, porque soy demasiado perfeccionista y exigente conmigo misma, pero no hay tiempo.

Además, Fede siempre echa un último vistazo a todos los artículos antes de enviarlos a imprenta, por lo que puedo fiarme de su criterio.

Me aprieto la coleta, pegándole un fuerte tirón al pelo, que me vale de poco. El cabello castaño me sigue cayendo sobre la espalda, y si quiero que suba un poco más, debo cambiar la goma que lo sostiene, pues esta apenas sujeta algo ya. Pero es mi coletero de la suerte... o el que tenía más a mano, porque los guardo todos en el cajón de la mesa y es el primero que atrapé, sin pararme a pensar, cuando me molestó el cabello. Ya lo tengo más largo de lo que acostum-

bro, por debajo de los hombros, y necesito ir a la peluquería.

Suspiro con fuerza y mi flequillo se eleva un poco para caer de inmediato sobre los cristales de las gafas. También necesito un repaso por esta zona si quiero ver mejor la pantalla del ordenador, pero no tengo tiempo para ir. Tengo la agenda que echa humo, y hasta para los planes de esta noche mis amigas han tenido que organizarlos con muchos días de antelación. E incluso me amenazaron de muerte si se me ocurría no acudir.

Miro el móvil que descansa a mi derecha, sobre la mesa, tras un pitido apenas imperceptible.

—Un mensaje...

Desbloqueo el teléfono y aparece en la pequeña pantalla el nombre de una de mis mejores amigas. Tengo pocas, y todavía no sé cómo me aguantan, pero son las mejores personas que hay en mi vida. En realidad, son como mi familia.

«*Como*, no. Son mi familia».

Sam:

Marina, no llegues tarde. O te mataré.

Sonrío, de forma inconsciente, y subo el volumen de la música hasta que la voz rasgada del cantante me retumba en los oídos.

—Quizás podría revisarlo una vez más... —me digo a mí misma en voz alta y, en vez de enviar el artículo, decido releerlo.

De nuevo.

Capítulo 2

-Fede, ya lo he enviado —le indico a mi jefe, asomando la cabeza por la puerta de su despacho.

Llevo la chaqueta a medio poner y el bolso descansa a mis pies, mientras trato de colocarme la ropa. Voy con algo de prisa. Bastante. Y no sé si llegaré a tiempo a mi cita.

Fede está sentado en su butaca marrón, detrás de su gran mesa, llena de papeles y carpetas, y, en medio, el ordenador en el que centra la mirada.

—Fede... ¿me has oído? —le insisto y me adentro en la habitación. Las paredes son acristaladas, lo que permite observar el ajetreo de la oficina. La intimidad se la dan unos estores de un color algo feo. No sabría aclarar si son verdes, azules o grises porque en este momento están recogidos. Y, detrás de él, la misma vista que tenemos todos: el polígono industrial.

Emite un ruido que no interpreto bien, y me acabo acercando a él, hasta que me encuentro enfrente de la verde pantalla. Está leyendo mi artículo y, aunque Fede ha corregido un par de palabras, no parece que haya nada de lo que deba preocuparme.

—¿Qué te parece? —le pregunto con timidez, ya que, aunque estoy bastante orgullosa de lo que he redactado, sentirme insegura con algunos temas es el pan diario de mi vida.

Sobre todo, cuando es Fede quien revisa mi trabajo, pues espero que esté conforme con mis artículos. La presión que siento es aún mayor al tratarse de él porque, además de mi jefe, es la persona que me enseñó todo de este mundo.

Fede me tomó bajo su ala y me ayudó a convertirme en una profesional. Me mostró lo que sé hoy en día e incluso me cobijó dentro de su familia. Me hizo un hueco en su casa, con comidas familiares a las que me vi arrastrada, y con eternas conversaciones que solo buscaban que confiara en ellos.

Nunca podré agradecerle todo lo que me ha dado.

Me gusta mi trabajo. Aunque es duro, porque a veces los horarios no me permiten tener una vida

«normal», pero tampoco es que yo necesite ese tipo de vida.

Nunca la he tenido y, aunque a veces pueda echarla en falta, soy consciente de que a mis treinta y seis años me costaría mucho adaptarme a un nuevo cambio. Ya tuve uno muy importante en mi juventud, y sé por experiencia propia que, cuando llegan, lo que provocan no es la placidez de un mar en calma, sino un tsunami de proporciones épicas.

En mi opinión, cuanto más lejos, mejor.

—Está bien. —Se echa hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo y agarra su vieja pipa para aspirar el tabaco dulzón—. Es un buen trabajo, Marina. «Una forma de vida en extinción» —cita el titular del artículo—. Me gusta.

—Gracias... —Me muerdo el labio inferior e incluso siento cómo mis mejillas, en un acto involuntario, se enrojecen levemente. Otra de las cosas que no llevo muy bien son los cumplidos—. Los vecinos de la corrala me recibieron con los brazos abiertos —le explico mientras me acerco al ventanal y centro mi atención en las luces de las farolas para intentar que el sonrojo desaparezca—. Incluso me invitaron a una de esas comidas comunitarias que realizan los viernes.

Escucho el chirriar de los muelles de la silla de Fede y sé que me observa.

—Está bien —me repite, y lo miro de lado. La pipa descansa en su boca, escondida la punta por el espeso bigote gris, y las manos están sobre su barriga prominente—. ¿Y te divertiste?

Apoyo el hombro en el cristal del ventanal y me cruzo de brazos para mirarlo.

—Comí como hace años que no lo hacía...

Su ronca carcajada me reconforta.

—Eso es porque llevas muchos días sin venir a casa. Lourdes te espera —me recuerda y me señala con la pipa.

—Lo sé, lo sé... —Me paso la mano por el cabello, despeinándolo—. No tengo excusa, pero, Fede, este artículo me ha tenido...

—Ocupada —afirma—. Le digo a mi mujer que te ponga un plato para este domingo —me indica y no espera confirmación por mi parte.

Vuelve a ponerse delante del ordenador y veo cómo pulsa con el ratón varios iconos de la pantalla hasta que mi artículo desaparece de la vista. A continuación, surge uno nuevo y se abstrae en su lectura.

—De acuerdo. Dile a Lourdes que estaré encantada de verla... —señalo, aunque no hace falta.

Fede asiente de forma sutil, pero no añade nada más.

—¿Me necesitas para algo?

Frunce el ceño, tras revisar la hora de su reloj de pulsera con correa marrón, algo desgastada.

—Deberías haberte ido ya, ¿no? —comenta, pero sin mirarme. Sus ojos han vuelto a la pantalla.

—Sí... Pero me he liado...

Ahora sí, al escuchar mi titubeo, me presta atención.

—¿Habías quedado con tus amigas?

—Asiento—. ¿En el centro? —pregunta, a lo que yo muevo la cabeza de forma afirmativa de nuevo—. ¿Para celebrar tu cumpleaños?

—Sí, sí... Pero si necesitas que...

Agita la mano por encima, señalando la puerta.

—Vete ya, Marina. El lunes será otro día. Disfruta de tu cumpleaños.

—Vale, vale... —Le ofrezco una sonrisa de disculpa y me agacho un poco para recoger mi bolso, que sigue en el suelo, en el umbral de la puerta—. Descansa...

Asiente, abstraído, y yo solo niego con la cabeza al ver cómo vuelve a centrarse en el trabajo. Me suele regañar con que siempre estoy pensando en lo

mismo, pero sé de quién lo he sacado, sin ninguna duda.

Aunque tampoco es que mi vida, fuera de este edificio, sea muy ociosa.

Estoy por marcharme, cuando escucho:

—Te veo el domingo. ¡Y feliz cumpleaños!

—El domingo —repito, y me alejo hacia el ascensor, mientras muevo la mano en el aire sin ningún sentido.

Es la segunda o tercera... o cuarta vez que me ha felicitado a lo largo del día. Cada vez que hablaba con un compañero, repetía la misma frase hecha para que quedara claro que hoy era mi cumpleaños y, así, poniéndolos en un compromiso para que me felicitaran.

No he querido decir nada —nunca lo digo—, pero Fede se ha encargado de que todo el mundo del periódico haya tenido esa información.

No sé cómo lo aprecio todavía cuando sabe que odio ser el centro de atención.

Un coro de voces que repite las palabras de nuestro jefe, junto a sonrisas y carcajadas divertidas, me acompaña mientras me despido de mis compañeros —de los que quedan a estas horas—. Me paso la correa de la bandolera por encima de la cabeza, hasta

que me cae sobre la cadera. Coloco la bolsa marrón hacia atrás, no sin antes confirmar que la cremallera está bien cerrada, y tiro hacia abajo la chaqueta de cuero para evitar que se me suba por el roce. El vaquero negro tiene un pequeño roto en la rodilla, pero nada exagerado, y la camisa beis que he cogido del cajón, aunque está un poco arrugada, puede salvarme la noche. El sonido de mis negras botas de cordones, al chocar con el suelo, me acompaña hasta el ascensor, que se abre justo cuando llego a su altura. Vanesa, una de las administrativas de Dirección, que también lo esperaba, me sonrío. Paso tras ella, quien se coloca en la esquina derecha del cubículo, y yo, tras revisar que haya dado al botón de la planta baja, me pongo en el otro extremo.

No es que el espacio sea muy pequeño, pero se agradece que seamos solo dos las que vamos en su interior en comparación con las mañanas, en hora punta, cuando a veces nos falta hasta el aire, por culpa de toda la gente que lo utilizamos para ir a nuestras oficinas.

—¿Has quedado? —me pregunta Vanesa, y, aunque el hilo musical que nos acompaña en nuestro descenso está muy bajo, me cuesta un poco escucharla. Tiene una voz muy suave y su tono es una

nota por debajo de lo que se podría tachar de normal.

—Con unas amigas —le respondo y la miro. Parece cansada, y seguro que mi aspecto es muy similar, por lo que no me extraña su estado—. ¿Y tú? Es viernes...

Ella niega con la cabeza e incluso pone los ojos en blanco. Su cabello castaño está recogido en una larga trenza, y su abrigo negro, con una flor naranja y amarilla bordada en un lateral, destaca sobre el conjunto de su ropa: una falda de tablas azul y una blusa blanca. Tiene arrugas en el cuello y unas ojeras violetas que no puede ocultar con el maquillaje porque, aunque Vanesa tiene ya sus años, le encanta utilizar un buen colorete y un pintalabios mate.

—Mi madre lleva con las niñas todo el día. Han estado malas y no han podido ir al colegio...

—Uf... Lo siento. ¿Es grave?

Esta niega de nuevo.

—Unas décimas, pero la pequeña ha estado devolviendo toda la noche y no quise arriesgarme —me explica justo cuando llegamos al vestíbulo—. Tengo que hacerle el relevo.

Asiento, sin saber qué más añadir, mientras la veo encaminarse hacia la calle. Por lo que sé, está sola con

el cuidado de los niños. Su madre la ayuda de vez en cuando, pero el padre de los pequeños anda desaparecido. Una vez salió a por tabaco y ya no regresó.

Según lo que me contó Lourdes, la mujer de Fede, casi que es mejor que no regrese nunca, porque al hombre le gustaba soltar la mano y le hacía la vida imposible a la pobre Vanesa...

Es una barbaridad que este tipo de actos todavía no estén regulados por ley, aunque espero que no tarden en hacerlo. Según la información que nos llega al periódico, se están llevando a cabo algunos movimientos por parte de organizaciones de mujeres, que buscan que el gobierno regularice estas situaciones, para que formulen una ley integral¹ contra este tipo de violencia. Pero, como siempre, todo lo relacionado con la burocracia va muy despacio. Solo hay que esperar, y rezar los creyentes, para que no ocurran desgracias que nos lleven a echarnos las manos a la cabeza por no haber actuado más deprisa en estos temas.

—Marina... —Vanesa me llama cuando alcanza la puerta.

Yo, con mis pensamientos, sigo anclada cerca del

¹ La Ley Orgánica 1/2004, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género, se aprobó por unanimidad el 28 de diciembre de 2004.

ascensor. Apenas he dado dos pasos y estos han sido para permitir que el ascensor subiera a las plantas que hay por encima de nuestras cabezas.

—Dime —le indico, acortando la distancia que nos separa.

Vanesa sonríe con un gesto que parece natural en ella y abre la puerta para dejarme salir la primera.

—Estaba pensando que, si quieres, te puedo acercar.

Me paro en la acera, bajo la luz de posición que hay sobre la puerta, y la miro.

—¿Te viene bien? Voy al centro...

Se encoge de hombros y saca las llaves del bolso.

—Puedo llevarte hasta una parada de metro que te venga bien a ti, y así no estás esperando ese tren...

—Señala hacia el apeadero y, aunque desde donde nos encontramos no lo podemos ver bien, sí podemos hacernos una idea de lo solitario que debe de estar ahora mismo—. Hay días que me parece que los trenes se retrasan mucho más de la hora estipulada.

Compruebo mi reloj Casio y observo que, si quiero irme en tren, debería salir corriendo para no perderlo. Si fuera a llegar a su hora... Vuelvo a mirar a Vanesa, que se ha alejado unos pasos hasta un coche

rojo, que parece bastante viejo, y veo cómo mete la llave en la cerradura de la puerta del conductor.

—¿Te vienes o no? —me dice con esta ya abierta.

—Si no te retraso mucho...

La mujer mueve la cabeza, animándome a aceptar la invitación.

—Anda, venga. —Se mete en el interior y se tumba hacia el lado del acompañante para abrir el pestillo—. Además, así me das un poco de conversación de adultos, antes de que me sumerja en el mundo de *Sailor Moon*...

—Sailor..., ¿qué? —le pregunto, según me acomodo en el asiento, y me detengo para verla mejor, antes de abrocharme el cinturón de seguridad.

Vanessa me mira de lado mientras introduce la llave en el contacto.

—Es una serie de dibujos a la que están enganchadas las niñas —me explica, y el motor del vehículo hace un ruido extraño.

Observo cómo Vanessa suspira, pasa la mano por el salpicadero con lentitud, como si estuviera acariciando el automóvil, e intenta arrancar de nuevo.

Lo consigue.

—Este pequeñín está algo mayor y le afecta el frío

—me indica, al mismo tiempo que salimos de la plaza de aparcamiento—. Me lo dejó mi padre y, aunque renquea a veces, hace su función.

Yo termino de abrocharme el cinturón y me acomodo en el asiento.

—Tienes un vehículo propio, que es mucho más de lo que puedo decir yo.

Vanesa sonrío mientras mueve las rejillas de la calefacción que hay cerca del volante para dirigirlas hacia mí.

—Si tienes las manos heladas, es mejor que las pongas encima. —Me señala la zona—. Tarda en salir calor, pero te ayudará.

—Gracias —le contesto, y hago lo que me dice cuando nos incorporamos al tráfico de una de las calles principales.

—Bueno, ¿dónde vas?

—A Sol —le respondo—. Hemos quedado por allí, y luego nos moveremos. Mis amigas han reservado en un restaurante...

—¿Celebráis algo o es solo por quedar? Yo, cuando tenía tu edad, no paraba por casa; hasta que conocí a Jose —menciona a su marido, y noto cómo las comisuras de sus labios se contraen, aunque no indica nada más.

—Mi cumpleaños —le aclaro, aunque me parece extraño que no se haya enterado con el metepatas de Fede.

—¿Es tu cumpleaños? —Se vuelve hacia mí con rapidez, justo cuando escuchamos el claxon de otro coche, lo que la hace reaccionar. Estabiliza el vehículo y fija la atención en la carretera, riéndose.

No puedo evitar imitarla y me río con ella.

—Sí, es mi cumpleaños, y me gustaría tener muchos más.

—Perdona, perdona... Te dejaré viva con tus amigas. —Su risa aumenta, contagiándome.

—Gracias, Vanesa. Te lo agradezco de corazón.

Ella sonrío y yo observo lo que nos rodea mientras el ambiente divertido se va diluyendo. Hace poco que hemos girado hacia la Castellana, y apenas se ven vehículos a estas horas de la noche. Parece que el frío invernal influye en que la gente prefiera quedarse en sus casas en vez de vagabundear por la ciudad.

«No me extraña», pienso. «Con este frío, mi sofá y el libro que tengo a medias eran mi plan favorito».

—¿Te puedo hacer una pregunta? —me dice al poco, alejándome de mis pensamientos.

—Sí, claro. —La miro, intrigada.

—¿No te gusta cumplir años?

Frunzo el ceño, extrañada.

—Sí, sí...

—Ah... Me había parecido lo contrario. No me
hagas caso.

La arruga de mi frente aumenta.

—¿Por qué opinas eso?

Vanesa detiene el automóvil en un semáforo y me
observa. La estatua de Cristóbal Colón vigila, silen-
ciosa, desde su pedestal.

—Me ha parecido raro que solo te felicitaran en
la oficina cuando Fede lo mencionaba...

—Entonces, ¿lo sabías?

El gesto de su cara la delata.

—Perdona, pero no quería sentir que me metía
en algo que...

—Nah... tranquila. —Muevo la mano, quitán-
dole hierro al asunto.

Vanesa asiente, pero no me mira. Pone el coche en
marcha cuando la luz roja cambia a verde.

—En otras ocasiones, ha habido una especie de
fiesta sorpresa... —Baja el tono de voz al mencionar
la última palabra, y me hace gracia que lo haga así,
como si nos pudiera escuchar alguien, cuando esta-
mos las dos solas en el coche.

—Es que no me gustan todas esas cosas.

—No te gusta ser el centro de atención —afirma—. Lo pillo. Perdona.

—No, Vanesa, no pasa nada —le digo con rapidez, algo nerviosa. Lo que menos quiero es hacer algo que la moleste—. Es solo que me siento incómoda y, por eso, trato de pasar el día como si fuera uno más. —Ella asiente en silencio—. Aunque Fede no me lo ha permitido... —murmuro. Vanesa se ríe y yo la sigo, sin evitarlo—. Fíjate cómo seré —continúo dando explicaciones, sin saber bien la razón—, que mis amigas lo han organizado todo. Lo de hoy, quiero decir —aclaro—, y me han obligado a quedar con ellas para celebrarlo. Bajo pena de muerte, si se me ocurre no asistir.

Sonríe, divertida.

—Te quieren y desean compartir este día a tu lado.

Muevo la cabeza de forma afirmativa porque soy consciente de que tiene razón.

—Lo sé, pero, si te soy sincera... —me giro hacia la ventanilla del coche y veo cómo la humedad impregna el cristal. Paso el dedo, haciendo un pequeño surco, hasta realizar un dibujo... estaría más a gusto en mi casa.

Vanesa no dice nada. Se queda callada ante mi confesión, mientras dejo que mis ojos se pierdan en la distancia.

No tardo mucho en darme cuenta de que estamos llegando a la plaza de Cibeles.

—Oye, ¿dónde estamos? —le pregunto, aunque sé la respuesta—. Vanesa, te estás desviando mucho de tu camino.

Esta hace un sonido extraño y me mira, con una sonrisa.

—Es tu cumpleaños; lo menos que puedo hacer es acercarte hasta tu destino.

—Vanesa...

—Nada. Ya está hecho. —Pone el intermitente de la derecha y giramos dirección Sol—. Es mi regalo.

La miro con la boca abierta. Sin saber muy bien qué decirle, hasta que decido darle un apretón en la mano que tiene apoyada en la palanca de cambios.

—Gracias.

Ella me agarra brevemente y vuelve a su posición original.

—No tienes que darlas. Para eso estamos, para ayudarnos.

Asiento, porque sé que tiene razón. Somos pocas las mujeres que trabajamos en el periódico, y cuando

una de nosotras necesita algo, no tardamos en echarnos una mano. No sé si será por simple supervivencia o por afinidad, pero no lo dudamos.

—Si necesitas que un día haga de canguro...

La carcajada de mi compañera me interrumpe, sorprendiéndome con su fuerza.

—Marina, ninguna de mis niñas se llama Daniel, pero te puedo garantizar que no las querías tener cerca.

—¿Lo dices por la película?

Vanesa asiente sin perder la sonrisa.

—Son un par de diablillos con falda.

Me río.

—Bueno..., pero si necesitas un descanso, cuenta conmigo —insisto—. Seguro que no son para tanto, mujer.

La madre de las mencionadas asiente, aunque no estoy muy segura de que algún día quiera utilizarme como canguro.

—Lo haré..., pero cuando no tenga más remedio.

—Me mira tras acercar el coche al borde de la acera—. No quiero que luego me odies... —Me guiña un ojo travieso, alejando la dulzura que le acompaña siempre, lo que hace que me fije en el brillo de su mirada. Puedo deducir de dónde les viene a las pequeñas esa mala fama de traviesas.

—Gracias por traerme.

—Felicidades, Marina. —Me da un beso en la mejilla y, cuando tengo la puerta abierta, a punto de salir, me atrae de nuevo hacia ella—. Si puedo darte un consejo... —Se queda callada, dudando.

—Sí, claro. Dime...

—Solo tenemos una vida, no dejes que el miedo a descubrirla te lo impida. El miedo nos paraliza, y luego llega el arrepentimiento. Vive, Marina. Vive.

—Yo...

Me da un nuevo beso y se gira hacia el volante.

—Pásalo bien, Marina. Nos vemos el lunes.

La observo, sin saber muy bien qué decir tras sus palabras, hasta que algo me obliga a reaccionar.

—Hasta el lunes, Vanesa, y gracias otra vez.

Ella asiente, pero ya no me mira.

Cierro la puerta y, desde la acera, veo cómo desaparece entre el resto de los coches.

No sé la razón, pero ese último regalo que me ha ofrecido, su consejo, me ha removido por dentro.